

TALLER DE NARRATIVA DEL C.C.U., COORDINADO POR: MARIA LUISA PUGA

EL PARAISO

Por Leticia Hülsz

Esa noche llega directamente a la cocina. Enciende la estufa y pone a calentar agua en la cafetera de aluminio. Mientras hierve, se dirige a la sala comedor contigua, idéntica a todas las de esa unidad habitacional; se quita el saco azul de pana y se arregla con cuidado la camisa, también azul, pero de un azul muy tenue, levísimo. Los muebles coloniales, la mesa entintada y las sillas tembeleques. Los ceniceros colección de tantas noches en que se va con sus cuates a beber a cualquier parte. También están ahí unas macetas que poco a poco ha llenado de plantas. Le gustan las plantas y las flores; su flor preferida es tal vez el girasol por su tono opaco, opalino, por su hermosísimo centro de semillas tostadas y ese tallo largo y medio rasposo. Le gusta regarlas, ver cómo van creciendo bajo sus cuidados, fortaleciéndose y habitando sus intimidades. Vuelve a la cocina y quiere que alguno de sus hermanos llegue o que cualquiera toque el timbre. Pero en el fondo no le importa. El único sonido perceptible es el del refrigerador. Apenas van a dar las siete, puede tomar el café frío como le gusta y llegar a la última función de cualquier cine cercano.

De pronto se ve ahí en la cocina, el fregadero lleno de vasos y unos cuantos trastes, solo, deprimido. No se trata del trabajo, bastante burocrático, tedioso, sino de él, de eso que piensa cuando está solo. Su estado de ánimo. Imágenes nítidas de ciertos instantes lo abordaban insistentemente, aunque él pensara que el espacio había sido lavado, incinerado el sentimentalismo, cuando llegaba del trabajo tanta sobriedad lo confundía; comenzaba relajándose hasta que una de esas imágenes aparecía y no había modo de amortiguar los recuerdos.

Había algo en Silvia que le desagradaba. Era graciosa, morena como le gustaban, sus ojos cafés le prestaban atención cuando hablaba y tenía una manera ensombrecida de mirarlo que lo alegraba internamente. Pero le molestaba que Silvia tuviera una solución a los problemas, menudos o grandes, que se presentaban. No había misterios; él lo buscaba en ella porque siempre había creído en ese misterio femenino; siempre quiso tener el mérito y el placer de descubrirlo lentamente, con dificultad.

—El misterio que buscas es un mito, le había dicho ella con esa mirada inteligente y lúbrica que parecía saberlo todo.

Eso era lo que le molestaba. Que Silvia se le adelantara y se llevara parte del placer que a él le hubiese tocado si lo hubiera descubierto primero. Pero al mismo tiempo lo deslumbraban su frescura y su presencia; le parecía obscuro y envidiable su modo de hablar.

Recuerda una noche dolorosa. Regresaban de una fiesta, habían estado bebiendo y conversando tan relajadamente, que de pronto agradeció a Silvia que fuera su amiga, que tuviera la amabilidad de detener sus ojos en él, sus ojos llenos de calma y lo escuchara con tanto interés. No puede ser. ¿Y si fuera un truco, una artimaña más? Venían en el coche y la conversación fluía lúdica. Silvia estaba de buenas. Era muy simple: cuando estaba bien, contenta, se tomaba unas copas y se reía de todo. El interés fue siendo cada vez más irracional hasta que en un momento de locura le había propuesto ir a un hotel antes de despedirse. Silvia, cuántas ganas tenía de verte, de estar contigo, esperé este momento y sin embargo todo es tan inesperado, me siento tan torpe. Silvia contestó divertida que sí y pararon en un hotel de la colonia Roma, "El Paraíso". Nada tenía que justificara ese nombre, pero a Miguel le pareció que sí, era, encantado le estar con Silvia. Estacionaron el coche en el garage casi completo y bajaron. El estacionamiento estaba cubierto por unas láminas de asbesto. Silvia miró los coches: volkswagen, datsun, maverick, rambler... miró las placas de este último y se extrañó de encontrarse con un papel tamaño carta que tapaba las letras. Se alcanzaba a ver un 8 al final. Al entrar, Silvia no se avergonzó en la gerencia ni le sorprendieron las luces tenues del recibidor.

—Mira qué lindas macetas, -dijo acercándose a una colgada en un muro lateral. Miguel recibió las llaves y dijo vamos.

Cuando entraron al cuarto estaba encendido el radio FM, como siempre, radio joya que lo había

acompañado hacía unos quince días en ese mismo hotel, pero con una prostituta. "Radio joya la mejor música de México transmitiendo música para enamorados. *El me mintió, él me mintió, dijo que me amaba y no era verdad, no era verdad.*"

Silvia comenzó a desvestirse con naturalidad, los zapatos, las medias, los aretes, el broche en el pelo, el collar de cuentas. Miguel se quedó tendido en la cama, mirándola por el espejo. Sus piernas eran grandes, había algo salvaje en ellas y en la negrura de su cabello. Silvia puso la ropa a un lado, encima de la mesa de coche de formaica, se acercó, lo besó y dijo:

—No tardo nada, me voy a dar un baño rápido, ¿no quieres? te invito.

—No, gracias, yo te espero aquí.

Encendí un cigarro mientras ella cerraba la puerta del baño. Me quedé pensando en la familiaridad de sus movimientos. Llegaba al hotel y, a pesar de la brevedad del decorado, parecía habitarlo todo, darle calor a ese cuarto impersonal. Hasta me gustaron las flores del cuadro perfectamente centrado y amarillizo que estaba arriba de la cabecera. Seguramente, Silvia había estado ahí con otro hombre, alguna otra noche como ésta.

Hubiera querido, y lo desea en este momento en que recuerda en la cocina con el café frío, que ella nunca hubiera ido a un hotel y que hubiera sido torpe y pudorosa cuando llegaron al cuarto. Qué absurda idea.

Era tardísimo, habíamos bebido bastante. Cuántas ganas tenía de ver a Silvia, que ahora no parecía tener ninguna prisa. Vi sus ojos; sabían disimular su emoción. Ya no sentí el mismo deseo; De pronto la contemplé obesa, su nariz un poco aguileña me molestó, su perfume era demasiado dulce y ella en general complaciente. Me extrañé, no comprendí qué se había transformado en mí, días antes había tenido uno de esos sueños eróticos con ella, me había despertado buscándola, le había hablado por teléfono y finalmente la estaba viendo ahora.

Salió de la cama, se puso el pantalón y abrió la puerta.

—Señorita, mándeme unas cocas por favor, cerró la puerta. ¿Porqué se tardaba tanto Silvia? ¿Acaso no tenía el mismo deseo que yo? "Radio joya en su hora romántica". El tapiz de la recámara era nauseabundo, como de brocados dorados. Tocaron a la puerta, Miguel abrió, pagó y le dio unas monedas al encargado. Puso las cocas en el buró de su lado. Se quitó el pantalón y se metió, en calzoncillos y calcetines, a la cama.

El refrigerador es un sonido tan sordo como sus palabras. Nunca podrás imaginarte cuánto quise verte, cuanto esperé el momento de pedirte que fuéramos a un hotel. No pude decírtelo, no podría decírtelo ahora.

Saliste del baño, muerta de la risa, nunca olvidaré tu piel empapada. Me dijiste que había sido inútil luchar contra el agua, que igual se te había mojado el pelo y que ya qué. Te quitaste la toalla. Tu impudor me desarmó.

—Quítate los calcetines, ¿no?

Me sentí ridículo desvistiéndome mientras Silvia me miraba. Me desesperaba un poco que me pidiera cosas tan estúpidas. ¿Qué importancia tenía si ya estábamos ahí? La inminencia de los cuerpos debía bastarle. Parecía retrasar a cada momento el instante que yo deseaba. . . Sin embargo, no me quité los calzoncillos. Más bien la invité a meterse dentro de las sábanas.

—Te deseo muchísimo - me atreví a decirle, pero en el momento de estarlo diciendo me arrepentí. Ella pareció extrañarse de mi comentario, la risa se calló. Yo había estado pensando en ella días enteros, ahora que su cuerpo estaba ahí no había tiempo de coqueteos, no me quería retardar en besos y caricias. Tenía miedo de no resistir más, de perder por un segundo la posibilidad de penetrar abanderado en el campo de batalla y sentir cómo irresistiblemente ella se rendía y buscaba mis ojos.

en la oscuridad que iba aclarándose, cuando yo lo que deseaba era perderme, abandonarme por completo. Un minuto más y el deseo volaría. Hicimos el amor brevemente, en silencio. Pero el miedo no se fue. Encendí un cigarrillo. Me sentí mal. Ojalá y esté tomando pastillas o algo. Yo siempre con el temor de ser precipitado, sin poder controlarme y gozar un rato más. Pensé que obviamente debía estar molesta porque no se vino. Pero en vez de eso, me dijo que qué me preocupaba, que ella estaba bien:

—No sabes cómo me gusta que a veces no hagamos el amor, que nos estemos cogiendo con las palabras y los brazos. Hemos estado haciendo el amor desde que nos vimos, ¿no te parece?

No importaba, podía decirme lo que fuera, yo estaba enojado conmigo por haber echado a perder todo. Además, no me gusta hablar. No creo que tenga mucho sentido, es inútil disculparse. Aparte las copas. Acaso después, en un par de horas.

—¿Sabes?— me dijo—, he soñado contigo en los últimos tiempos, en platicar aquí, así, en una cama con colcha de orfanato, como ésta, café, suspendidos dentro de la ciudad. Quiero amanecer contigo, acércate, déjame memorizarte. Tengo frío.

Ella se recargó en mi hombro, vencida al fin, y nos íbamos a dormir. No tenía ganas de su respiración muy cerca de la mía. Así que preferí volverme y dormir de espaldas a su rostro, a su sexo, a sus brazos. El rostro de Silvia sonriendo en la puerta del baño: Ah.

“Radio joya proporciona la hora exacta: tres minutos para las siete cuando presentamos la hora del mariachi. Felicidades a Angela y Tomás en el día de su onomástico . . .”

— Silvia, ya vámonos.

Había tan sólo ese cuarto en la Roma. La colcha de orfanato. Las cocas y las colillas apestando en mi buró. El rollo de papel de baño reflejándose en el espejo y unos vasos. Ya se me estaba bajando el cuete, a juzgar por el magnífico dolor de cabeza. Busqué su silueta, pero Silvia no estaba. Se escuchaba agua corriente en el baño. Qué manía de limpieza. Bueno, cinco minutos más en esa cama. Tenía un hambre espantosa. Me levanté, me puse los calzoncillos, el pantalón, busqué mis calcetines, me puse la camisa mientras pensaba que no me iba a dar tiempo de pasar a cambiarme antes de ir a trabajar, y mi camisa estaba realmente arrugada.

— ¿Silvia?

Abrí la puerta del baño. La regadera estaba abierta. La toalla, aún mojada, se hallaba colgada del cancel de la regadera. Sobre el espejo del lavabo, con pintura de labios oscura, casi morada, habías escrito ese recado brevísimo, “no me busques” y éstampado un beso que remedaba tu boca. Ah, piensa mientras toma el último sorbo del café frío, si no fuera por ese recado. Fue una noche como esta, a finales de febrero, se dice, mientras se pone una chamarra cómoda y revisa la cartera antes de irse al cine, a la última función.